

El discurso

Ya sea un orador tímido o inseguro que se ve obligado a hablar en público, una persona “normal” que debe afrontar una alocución especialmente importante o bien el gerente que debe ofrecer unas palabras directas y eficientes ante un auditorio, dar un discurso es una de las escenas (si no, la más) que provoca verdadero pánico en el orador no experimentado.

Sin embargo, o tal vez precisamente por ello, se trata de uno de los campos más estudiados por la oratoria y, por lo tanto, que más soluciones ofrece a quien desea enfrentar el desafío de dar un discurso.

Efectivamente, ya los antiguos filósofos y retóricos de la antigua Grecia y Roma habían creado métodos, consejos, tácticas y estrategias para salir airoso ante un auditorio silencioso (o no tanto) que se encuentra expectante para recibir nuestras palabras.

¿Escribir el discurso o improvisarlo sobre la marcha?

Cuando alguien debe comenzar a planificar un discurso, tal vez la primera pregunta que surja en su mente sea: ¿es conveniente “decirlo” sin más o, por el contrario, leerlo? Ambas alternativas tienen sus pros y sus contras.

Si lo consideramos desde el punto de vista de la conveniencia del auditorio, no cabe duda de que un discurso proferido sin leer siempre resulta más atractivo, más comunicativo y corre menos riesgo de resultar aburrido. Por el contrario, el discurso leído siempre tiende a ser más monocorde y, por lo tanto, corre el riesgo de aburrir.

Sin embargo... esto que acabo de decir no debe tomarse como una incitación indiscriminada a decir un discurso sin leerlo, ya que tan osada acción sólo puede hacerla de manera eficiente un orador lo suficientemente práctico e idóneo.

Y si usted no lo es y decide proferir un discurso sin leerlo, debo decirle que corre serios riesgos, tales como olvidarse de lo que debía decir, comenzar a tartamudear o repetir varias veces una misma idea.

Por ello mi consejo es: si usted no se siente cien por ciento seguro al respecto, lea el discurso. Y si es un orador hecho y derecho, profiera el discurso sin leerlo.

Y, sobre todo, nunca olvide que existe una opción intermedia que consiste en llevar una ayuda memoria con un listado de los temas a tratar, herramienta a la cual usted le podrá echar un vistazo sin disimulo alguno, y sobre esa lectura, improvisar sobre la marcha.

Circunstancias, público y lugar: tres variables a tener en cuenta para planificar el discurso

Conociendo las circunstancias

El éxito de un discurso dependerá, en buena medida, de conocer y tener en cuenta la circunstancia en que se llevará a cabo.

Dicho de manera absolutamente tajante: no es lo mismo hablar en un funeral que en un casamiento.

El tono, la gestualidad y el contenido, entre otras cosas, deberán ser absolutamente distintos. Por ello, si le han pedido que dé un discurso y usted dio una respuesta afirmativa, deberá comenzar por conocer las circunstancias que motivan ese pedido, o sea, preguntar y conocer:

- ¿Qué organización celebra el acto?
- ¿Cuál es la naturaleza del acto?
- ¿Por qué se me ha pedido que hable?
- ¿Qué se espera de mí?
- ¿De cuánto tiempo dispondré?
- ¿Habrá otros oradores?
- ¿Cómo debo ir vestido?

Indagando acerca del público

Sin excepción alguna, la clave del éxito de cualquier presentación oral (discurso incluido) estriba en agradar al público y en dejarlo satisfecho.

Aun si quienes organizaron el evento no se encuentran del todo conformes con usted cuando empiece su discurso, si ven que el público responde bien y aplaude con fuerza al final, tenga por seguro que lo felicitarán y lo harán sinceramente.

Por ello, deberá efectuar una serie de interrogantes a quienes lo han convocado para adecuarse y agradar lo más posible al público presente.

- ¿Cuántas personas estarán presentes en el evento?
- ¿Qué nivel de conocimientos tendrá el público presente?
- ¿Puede surgir algún conflicto o tensión dentro de la concurrencia?

Informándose acerca del lugar

Por último, pero no por eso menos importante, deberá saber lo más posible acerca del lugar donde usted dará su discurso.

Por supuesto, lo mejor es llegarse hasta él con antelación y corroborar por usted mismo las sensaciones que le produce el sitio.

Si ello no le resultara posible, pregunte acerca de las cuestiones primordiales. Tanto si se hace presente como si averigua por medio de algún intermediario, las cuestiones básicas a tener en cuenta son las siguientes:

- ¿De qué tamaño es?
- ¿Cómo es su acústica?
- ¿Desde dónde tendré que hablar?

Principales tipos de discursos

Fúnebre: En él, se mencionan palabras de pesar y se enumeran los aportes del fallecido a la comunidad. Se debe pronunciar a un ritmo lento y con varios silencios. Debe predominar el tono formal y emotivo.

De sobremesa: se debe caracterizar por la simpleza y la adaptación al estado de ánimo colectivo. En general, se impone un tono informal, emotivo y, eventualmente, divertido.

Inaugural: debe girar en torno a quienes participaron de aquello que se inaugura (escuela, puente, etc.) y con una mención pormenorizada de las autoridades que lo hicieron posible. Se impone un tono rigurosamente formal.

Conmemorativo: en él, se recuerdan acontecimientos históricos, personalidades o hechos importantes para una comunidad o grupo de personas. El tono dependerá, en buena medida, del tipo de acontecimiento que se recuerde.

De bienvenida: debe expresar el placer de recibir a esa persona y debe tener un tono tendiente a lo emotivo, que no tiene por qué excluir un toque divertido. En ciertas ocasiones, se impone lo emotivo, pero con tendencia informal.

De despedida: de tono predominantemente emotivo, es una buena idea contar una anécdota compartida y resulta imprescindible finalizarlo con el deseo de buena suerte para la próxima etapa que emprende la persona despedida.

Persuasivo: también conocido como inductivo tiene como objetivo influir en el auditorio para que lleve a cabo una acción: cuidar el medioambiente, solidarizarse con una causa social, etc. Los más logrados, lo hacen en base a un exquisito balance entre la apelación al plano emocional y racional del auditorio.

La estructura del discurso

Todo discurso debe dividirse en tres grandes partes:

- Una introducción o apertura.
- Un desarrollo, nudo o cuerpo.
- Un cierre o conclusión.

Esa estructuración básica (que habrá que llenar con contenidos pertinentes a la ocasión, por supuesto) asegura la comprensión del discurso y le facilita la tarea al orador.

Objetivos y metas de un discurso

Esa estructura imprescindible a la que acabo de aludir debe siempre estar pensada sí o sí sobre la idea de determinadas metas u objetivos, esto es: qué es lo que usted desea lograr al dar su discurso.

Tenga en cuenta que cuanto más claramente usted pueda percibir y definir lo que desea conseguir con un discurso, más probabilidades de éxito tendrá. Si lo tiene claro, bienvenido sea: no lo pierda de vista y trabaje en pos de ello.

Pero muchas veces le puede suceder que, simplemente, accede a decir un discurso sin saber bien para qué lo hace. Craso error. En ese caso, será fundamental que reflexione con tiempo y a fondo para definir su o sus objetivos con la mayor precisión posible.

Una buena manera de hacerlo es preguntarse: **¿Para qué doy o daré ese discurso?** Y la respuesta obtenida ya comenzará a darle pistas de qué tipo de recursos utilizar en él.

No es lo mismo hablar para convencer a los accionistas de una empresa de que todos los miembros de nuestro equipo son profesionales de primer nivel que garantizan una gestión de éxito, que hacerlo para homenajear emotivamente a alguien valioso que ya no se encuentra entre nosotros o dar un discurso para explicar una estructura tarifaria y establecer con ello una base de negociación.

Cada uno de estos distintos objetivos exigirá un tono determinado, unos recursos oratorios adecuados y diferentes introducción, desarrollo y cierre. Por ello recuerde: primero plantéese el o los objetivos del discurso y luego, en base a ello, estructúrelo.

La introducción

La introducción constituye la primera parte de un discurso y, como tal, es absolutamente fundamental.

La creencia popular afirma que las primeras impresiones son primordiales e irrepetibles para tener un concepto acerca de una persona. Algo similar sucede con el orador y el discurso: un discurso que no logra captar la atención del público desde su introducción, tiene lamentablemente pocas posibilidades de éxito.

Por ello, a la hora de estructurar una alocución es primordial ser especialmente cuidadoso en la elección de este segmento. ¿Qué posibilidades existen para tan trascendental y, las más de las veces, breve segmento?

Veamos:

- Plantee frontal y directamente los objetivos del discurso
- Pida al público que preste atención
- Haga referencia a alguna noticia reciente
- Cuente una anécdota personal
- Defina una palabra
- Remítase al orador anterior
- Realice un resumen del discurso

Algunas frases para empezar

“Cuando me invitaron a decir estas palabras...”

“Tengo el honor de estar aquí con ustedes para...”

“Hoy es para mí un día (o una noche) muy distinta porque...”

“Me presento ante ustedes con alegría porque...”

“Todas las veces que he tenido la suerte de acercarme para dar algo de lo poco que sé...”

“Hoy, 12 de agosto de 2009, es una fecha especial para mí debido a que...”

“Buenas noches. Cuando comencé a remover papeles buscando material para estas palabras que ahora tengo el gusto de decirles...”

El desarrollo

Segunda parte de un discurso que constituye el “nudo” del mismo. Es allí donde se deben colocar las ideas primordiales y los temas más importantes.

¿Dónde buscar esas ideas y temas primordiales?

Es posible que usted ya tenga algo en mente, pero igualmente le sugiero algunas fuentes que podrán enriquecer lo por usted ya pensado:

- **Su propia experiencia**

Se trata de una fuente rica de material para cualquier presentación, combina perfectamente con su personalidad y el auditorio siempre suele reaccionar ante ella de manera positiva.

- **Internet**

Por supuesto, la red de redes constituye en este recién comenzado tercer milenio una fuente de contenido abundante, variada y por demás cómoda. Sin embargo, al utilizarla para confeccionar un discurso se deben extremar las precauciones sobre la veracidad de los datos obtenidos.

- **Libros**

Constituyen tal vez la fuente más obvia de información, pero tome siempre un recaudo al extraer datos de ellos: que se encuentren convenientemente actualizados.

- **Publicaciones especializadas, revistas y periódicos**

Su gran ventaja es que suelen estar más actualizadas que los libros. Una vez recopilado y seleccionado el material, la pregunta que se impone es ¿cómo ordenarlo?

Por supuesto, cada material –de acuerdo al tema, la cantidad y la diversidad– exigirá una organización particular, pero algunos puntos que sirven prácticamente para todo material son los siguientes:

Organice las ideas de forma secuencial, de manera tal que se sucedan unas a otras y que fluyan de acuerdo a una estructura lógica. Para ello, puede comenzar a organizar el desarrollo del discurso anotando los principales puntos que desea exponer para, luego, encadenarlos de acuerdo a esa estructura lógica y “rellenarlos” de contenido.

No considere el desarrollo del discurso como un solo bloque. Seguramente, usted encontrará más fácil su organización y el auditorio hará otro tanto con su escucha si lo divide en cierto número de apartados o secciones.

Eso sí: tenga en cuenta que no deben ser demasiados, pues de lo contrario tanto usted como el público terminarán perdiéndose.

Algunas frases para unir párrafos y ligar temas o ideas

“Dicho en otras palabras...”

“Me permito recordarles...”

“Voy a repetir...”

“Los invito a pensar...”

“Quiero tomar como punto de partida...”

“Ustedes convendrán...”

“Tomemos el tema de otra manera...”

“Sobre esto quiero aclarar...”

“Tal vez no me he expresado bien, pero...”

“Sobre esto vamos a volver...”

“Si nos atenemos a...”

¡Importante!

Las dos expresiones correctas son “repito” y “vuelvo a decir”. El tan extendido “vuelvo a repetir” es un tremendo error, una redundancia, algo incorrecto que no por altamente difundido deja de serlo.

El cierre

Al igual que la introducción, el cierre es una parte primordial del discurso y que no debe ser subestimada.

De hecho, muchos oradores experimentados por demás, y que se atreven cómoda y exitosamente a improvisar el desarrollo de su discurso, llevan escritas solamente dos partes: la apertura y la conclusión. ¿Cómo resolver, entonces, esta parte final que deberá constituirse sí o sí en el broche de oro de su exposición?

Al igual que en la introducción, las opciones son varias:

- Retome el punto de partida
- Profiera una frase célebre
- Resuma los puntos principales
- Lea un párrafo significativo
- Formule una pregunta para que el auditorio piense en ella
- Lance un desafío o una llamada de atención
- Efectúe una promesa de compromiso

Y, por supuesto, cualquiera sea el cierre elegido, en todos ellos haga explícitos los consabidos agradecimientos de rigor.

Errores que deben evitarse en el cierre de un discurso

- Terminar bruscamente
- Apresurarse
- Disculpase
- Presentar nueva información.

Algunas frases para finalizar

“Quisiera terminar mi exposición...”

“Y por último...”

“Como broche final...”

“Llegado el término de mi discurso...”

“Para finalizar...”

“Quisiera finalizar esta exposición diciendo...”

“Antes de terminar...”

“Imposible finalizar sin decirles...”

“Para finalizar este encuentro...”

“No podría despedirme sin...”

“No podría dejar de comunicarles...”

“En este último momento de mi exposición...”

“Al despedirme, mi más profundo deseo...”

Recuerde que...

El principio y el final de un discurso son fundamentales. Nunca debe subestimarse la importancia que tiene el impacto de las primeras frases ni la contundencia de un epílogo bien articulado. Captar la atención del público desde un primer momento y concluir dejando una buena sensación le asegurarán buena parte del éxito de su elocución.

Ya tengo el discurso ¿y ahora qué hago?

Supongamos que usted va a leer su discurso. Y, supongamos también que lo escribió en su computadora. Entonces, el próximo paso será imprimirlo, ya que usted no leerá su discurso con su computadora enfrente.

Algunos puntos a tener en cuenta para hacerlo son los siguientes:

- Imprímalo en un tamaño de letra que a usted le resulte de fácil y rápida lectura.
- Hágalo de un solo lado. Eso le facilitará la lectura.
- Si existe alguna idea, frase o palabra que quiera resaltar especialmente durante su alocución, póngala en negrita o en algún otro color diferente del resto.

El paso previo final: el ensayo

Si no ensaya, el discurso lo manejará a usted. Por el contrario, si se toma el trabajo de ensayarlo será usted quien maneje al discurso. Cuanto más ensaye su discurso, más a gusto se sentirá al decirlo y esa sensación se trasladará indefectiblemente al auditorio, construyendo de usted una imagen que le allanará el camino al éxito.

Al ensayar su discurso, tenga en cuenta:

- Respirar.
- Relajarse.
- Pronunciar correctamente.
- Hacer uso de su expresividad.
- Estar atento por si un posible vicio oratorio se desliza.
- Y tener consciencia de lo que le conviene o no hacer con su cuerpo, de acuerdo a lo aprendido.

Ejercicio práctico

Con todo lo leído hasta ahora, imagine que le han pedido que usted hable en un acto y usted ha dicho que sí.

- Defina las circunstancias, público y lugar. Anótelas lo más clara y definidamente posible.
- Defina el o los objetivos de su discurso. Anótelos lo más clara y definidamente posible.
- Busque material para el contenido de su discurso.
- Estructúrelo de acuerdo al esquema propuesto en esta lección.
- Imprímalo.
- Ensáyelo.

Fragmento de Julio César, de William Shakespeare

“¡Amigos, ciudadanos de Roma, compatriotas, présteme atención! He venido hasta aquí para inhumar a César, no para alabarlo. Los malos actos cometidos por los hombres perduran en la memoria y, las más de las veces, las buenas acciones quedan sepultadas con sus huesos.

¡Sea así con César! El noble Bruto les ha dicho que César era ambicioso. Y si lo fue, el suyo era un defecto importante y gravemente lo ha pagado. Con la venia de Bruto y los demás, pues Bruto es un hombre honesto, como son todos ellos, hombres todos honestos, vengo a hablar en el funeral de César.

Él era mi amigo, para mí leal y sincero; pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre honesto. César trajo a Roma infinitos cautivos, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Parecía eso ambición en César?

Siempre que los pobres dejaban oír su triste voz, César lloraba. ¡La ambición debería ser de una sustancia más dura! Sin embargo, Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honesto. Todos vieron que en las Lupercales le ofrecí tres veces una corona real, y tres veces la rechazó. ¿Era esto ambición?

Empero, Bruto dice que era ambicioso, y, ciertamente, es un hombre honesto. No hablo para desaprobador lo que Bruto dijo. Pero estoy aquí para decir lo que sé. Todos lo amaron alguna vez, y no sin razón. ¿Qué motivo, entonces, les impide ahora llevar luto por él? ¡Oh raciocinio! Has ido a buscar asilo en los irracionales, porque los hombres han perdido la razón... ¡Perdóñenme un instante! Mi corazón está ahí, en ese féretro, junto a César, y es preciso que me detenga hasta que vuelva a mí.

Todavía ayer, la palabra de César hubiera podido predominar contra el universo. Ahora yace ahí, y no hay nadie tan humilde que lo reverencie. ¡Oh señores! Si yo estuviera dispuesto a inducir al motín y a la cólera a sus mentes y corazones, sería injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos saben, son hombres honestos. ¡Y no quiero ser injusto con ellos! Prefiero serlo con el difunto, conmigo y con ustedes, antes que con esos hombres tan honestos. Pero he aquí un pergamino con el sello de César.

Lo encontré en su gabinete, y es su testamento ¡Oiga el pueblo ésta, su última voluntad! (...) ¡Sean pacientes, amables amigos! ¡No debo leerlo! No es conveniente que sepan hasta qué extremo los amó César. Porque siendo hombres, al oír el testamento de César se enfurecerían repletos de desesperación. Así que no es bueno hacerles saber que los instituye como herederos, porque, si lo supieran, ¡Oh! ¿Qué no habría de pasar? ¿Tendrán paciencia? ¿Permanecerán un momento en calma?

He ido demasiado lejos en decirles esto. Temo agraviar a los honestos hombres cuyos puñales traspasaron a César. ¡Lo temo! ¿Quiéren obligarme, entonces, a leer el testamento? Pues bien, formen un círculo en torno al cadáver de César y dejen que les muestre al que hizo el testamento. ¿Descenderé? ¿Me dan su permiso? Si tienen lágrimas, dispónganse ahora a verterlas. ¡Todos conocen este manto! Recuerdo cuando César lo estrenó. Era una tarde de verano, en su tienda, el día que venció a los nervios.

¡Miren: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Vean qué brecha abrió el envidioso! ¡Por esta otra le hirió su muy amado Bruto! ¡Y al retirar su maldecido acero, miren cómo la sangre de César parece haberse lanzado en pos de él, como para asegurarse de si era o no Bruto el que tan inhumanamente abría la puerta! Porque Bruto, como todos ustedes saben, era el ángel de César. ¡Juzguen, oh dioses, con qué ternura lo amaba César!

Ese fue el golpe más cruel de todos, porque cuando el noble César vio que él también lo hería, la ingratitud, más potente que los brazos de los traidores, lo anonadó completamente. Entonces estalló su poderoso corazón y, cubriéndose la cara con el manto, el gran César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo que se inundó chorreando sangre... ¡Oh, qué caída, compatriotas! En aquel momento, yo y ustedes y todos, caímos, y la traición sangrienta triunfó sobre nosotros. Oh, ahora lloran, y creo sentir en ustedes la impresión de la piedad.

Esas lágrimas son generosas ¡Almas compasivas! ¿Por qué lloran, cuando aún no han visto más que la desgarrada vestidura de César? ¡Miren aquí! ¡Aquí está él mismo, desfigurado por los traidores! Buenos amigos, apreciables amigos, no quiero excitarlos con esa repentina explosión de tumulto. Los que han consumado esta acción son hombres dignos. ¿Qué secretos agravios tenían para hacerlo?

¡Ay, lo ignoro! Ellos son sensatos y honorables, y no dudo que se justificarán. ¡Yo no vengo, amigos, a concitar sus pasiones! Yo no soy orador como Bruto sino, como todos saben, un hombre franco y sencillo, que amaba a su amigo, y esto lo saben bien los que públicamente me dieron licencia para hablar de él.

Porque no tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria, que enardece la sangre de los hombres. Hablo llanamente y no les digo sino lo que todos conocen. Les muestro las heridas del bondadoso César, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí. Pues si yo fuera Bruto y Bruto Antonio, ese Antonio exasperaría sus almas y pondría una lengua en cada herida de César capaz de conmover y levantar en motín las piedras de Roma. Aquí está, y con el sello de César.

A cada ciudadano de Roma, a cada hombre, individualmente, lega setenta y cinco dracmas. Les lega, además, todos sus paseos, sus quintas particulares y sus jardines recién plantados a este lado del Tíber. Los deja a perpetuidad a ustedes y a sus herederos como parques públicos para que paseen y se recreen ¡Este era un César! ¿Cuándo tendrán otro semejante? ¡Ahora prosiga la obra! ¡Maldad, ya estás en pie! ¡Toma el curso que quieras!”

(Fragmento de Julio César, de William Shakespeare)

Discurso de José Martí

Cubanos:

Todo convida esta noche al silencio respetuoso más que a las palabras; las tumbas tienen por lenguaje las flores de resurrección que nacen sobre las sepulturas; ni lágrimas pasajeras ni himnos de oficio son tributo propio a los que con la luz de su muerte señalaron a la propiedad humana soñolienta el imperio de la abominación y la codicia.

Esas orlas son de respeto, no de muerte; esas banderas están a media asta, no los corazones. Pido luto a mi pensamiento para las frases breves que se esperan esta noche del viajero que viene a estas palabras de improviso, después de un día atareado de creación; y el pensamiento se me niega al luto.

No siento hoy como ayer romper coléricas al pie de esta tribuna, coléricas y dolorosas, las olas de la mar que trae de nuestra tierra la agonía y la ira, ni es llanto lo que oigo, ni manos suplicantes las que veo, ni cabezas caídas las que escuchan, sino cabezas altas: y afuera de esas puertas repletas viene la ola de un pueblo que marcha. ¡Así el sol, después de la sombra de oro!

Otros lamentan la muerte necesaria; yo creo en ella como la almohada, y la levadura y el triunfo de la vida. La mañana después de la tormenta, por la cuenca del árbol desarraigado echa la tierra fuentes de frescura, y es más alegre el verde de los árboles, y el aire está como lleno de banderas, y el cielo es un dosel de gloria azul, y se inundan los pechos de los hombres de tina titánica alegría.

Allá, por sobre los depósitos de la muerte, aletea, como redimiéndose, y se pierde por lo alto de los aires, la luz que surge invicta de la podredumbre. La amapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas.

El árbol que da mejor fruta es el que tiene debajo un muerto. Otros lamentan la muerte hermosa y útil, por donde la patria saneada rescató su complicidad involuntaria con el crimen, por donde se cría aquel fuego purísimo e invisible en que se acendran para la virtud y se templan para el porvenir las almas fieles.

Del semillero de las tumbas levántase impalpable, como los vahos del amanecer, la virtud inmortal: orea la tierra tímida, azota los rostros viles, empapa el aire, entra triunfante en los corazones de los vivos; la muerte da jefes; la muerte da lecciones y ejemplos; la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida.

¡Así, de esos enlaces continuos e invisibles, se va tejiendo el alma de la patria! La palabra viril no se complace en descripciones espantosas; ni se ha de abrumar al arrepentido por fustigar al malvado; ni ha de convertirse la tumba del mártir en parche de pelea; ni se ha de decir, aun en la ciega hermosura de las batallas, lo que mueva las almas de los hombres a la fiereza y al rencor.

¡Ni es de cubanos, ni lo será jamás, meterse en la sangre hasta la cintura, y avivar con un haz de niños muertos los crímenes del mundo; ni es de cubanos vivir, como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio!

Lo que anhelamos es decir aquí con qué amor entrañable, un amor como purificado y angélico, queremos a aquellas criaturas que el decoro levantó de un rayo hasta la sublimidad, y cayeron por la ley del sacrificio, para publicar al mundo, indiferente aun a nuestro clamor, la justicia absoluta con que se irguió la tierra contra sus dueños; lo que queremos es saludar con inefable gratitud, como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla, a los que, a primera voz de muerte, subieron, sonriendo, del apego y cobardía de la vida común al heroísmo ejemplar. (...)

Cantemos hoy, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer lo oí a la misma tierra, cuando venía, por la tarde hosca, a este pueblo fiel.

Era el paisaje húmedo y negruzco; corría turbulento el arroyo cenagoso; las cañas, pocas y mustias, no mecían su verdor quejosamente, como aquellas queridas por donde piden redención los que las fecundaron con su muerte, sino se entraban, ásperas e hirsutas, como puñales extranjeros por el corazón; y en lo alto de las nubes desgarradas, un pino, desafiando la tempestad, erguía, entero, su copa.

Rompió de pronto el sol sobre un claro de bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caldos, los racimos gozosos de los pinos nuevos. ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!"

(José Martí, pronunciado en 1891 en Estados Unidos ante una colonia de inmigrantes cubanos en homenaje a ocho estudiantes cubanos fusilados en 1871).